Los Inmortales

“La Leyenda”

No quiebres el camino que otros te han marcado y vivirás con sus reglas y engaños. Reconfórtate al pensar que vivirás cómodamente y con los ojos vendados. Te entretendrán para que no alces la vista y aun así, todos creen que tienen el poder de controlar sus vidas.

Un mercenario averiguó la verdad y mirar a otro lado no quiso, tenían órdenes de entregar las armas de fuego para ser destruidas, hablaban de paz, pero era mentira y en sus escondites guardaban todas las armas que conseguían.

1. La Guerra

Era una noche tranquila, con el cielo estrellado y la luna llena que iluminaba todo con su luz pálida. Tumbados en la arena, el gremio de Pope admiraba aquella maravilla. El silencio los envolvía y en un lugar como aquel, la paz se olía. Entonces algunos comenzaban a pensar en sus casas como si hubiera pasado toda una vida, aunque solo llevaban seis meses de combates continuos.

De repente, el ruido volvió a apoderarse de los corazones, que suplicaban por un momento de paz. Se habían acostumbrado a los estruendos de las armas de fuego, a las explosiones y a los cadáveres.

Se levantaron de la arena, bajaron la duna y entraron en lo que había sido hace mucho tiempo un complejo industrial, ahora mutilado y casi desplomado. En aquel lugar se había atrincherado un grupo bien armado y los mercenarios habían rodeado el lugar, pero unos treinta hombres habían mantenido a raya a cerca de doscientos mercenarios sin que tuvieran la oportunidad de entrar. La ventaja de los mercenarios en aquella guerra era la superioridad numérica y los humanoides, pero los humanoides no eran invencibles, muchos tardaban en regenerarse después de recibir heridas y todos morían si se les cortaba la cabeza.

La condición básica para formar parte de la Guerra Santa, era contar con al menos un humanoide en el gremio. En-

tonces todos los guerreros de ese gremio tenían la obligación de participar en la guerra. A los gremios pequeños los usaban de avanzadilla y acababan casi siempre destruidos. Después los gremios grandes y famosos ocupaban el segundo plano, rematando lo que habían comenzado los gremios pequeños y aprovechando las aberturas que abrían. Por último, estaban los pilares de los países, era raro que un pilar acudiera a la guerra, pero si se daba el caso, se encargaban de las misiones relámpago, siempre ocultos en las sombras, asesinando a los cabecillas enemigos.

El gremio de Pope siempre estuvo en primera línea, y aunque tuvo muchos logros en la guerra, ni la santa iglesia ni la E.M.A estaban contentas con los resultados. La santa iglesia quería ver a Pope muerto y la E.M.A estaba furiosa con Pope, pues tenían órdenes de entregar todas las armas de fuego requisadas para ser destruidas, pero en vez de eso, Pope las destruía él mismo en el mismo lugar donde las encontraba, y eso no le gustaba a la E.M.A.

En aquel complejo, de todos los mercenarios que tenían rodeado el lugar, había muy pocos humanoides; muchos de los gremios allí presentes habían perdido a sus líderes y, desorganizados, trataban de cumplir las órdenes que recibían de los altos mandos. No obstante, el gremio de Los Inmortales se había vuelto famoso entre los mercenarios. Tomaban el control sobre aquellos gremios que se habían quedado sin líderes y los organizaban de forma que cumplían su misión con el menor número de bajas posibles. Además, siempre se encontraban a la cabeza y eran los primeros en entrar en faena.

Llegaron hasta donde tenían aparcados sus coches y una vez allí se prepararon para el combate. Pope se cambió y La Muerte tomó el relevo, su traje se había vuelto una insignia y ahora los cuatro humanoides de Los Inmortales lo usaban. Todos eran exactamente iguales, como un símbolo de igualdad, y la única forma de diferenciarlos era por las armas que usaban cada uno, además de por sus

voces, aunque sonasen distorsionadas por un mecanismo instalado en las máscaras. No obstante, las personas que no habían tenido contacto con el gremio, sabían diferenciar a La Muerte, pues sus dos armas se habían vuelto famosas y eran muy fáciles de reconocer, ya que eran únicas.

Una vez preparados, el equipo médico se quedó en los coches mientras que Pope y el resto se acercaban atravesando el descampado. Atravesaron un arco en la base del complejo que daba a un patio interior. Ambos lados de las paredes estaban resguardados de la vista desde las ventanas superiores del patio. De todas las entradas posibles, la mejor opción se encontraba en una de las puertas que había en aquel patio. Desde ella ascendía una escalera a los pisos superiores, controlados por hombres armados. Los primeros mercenarios se toparon con varios hombres armados al subir y murieron.

La Muerte ordenó a unos mercenarios que se encontraban cerca de la puerta que siguiesen a Noa y asegurasen la primera planta. Entonces sus ojos parecieron encenderse. A muchos de los presentes les pareció que iba a dar un paso, pero con gran velocidad, casi imperceptible para ellos, subió las escaleras. Se detuvo al llegar donde tenían montada la barricada y en cuanto le vieron comenzaron a disparar. Varias balas impactaron en su cuerpo, una de ellas en el corazón.

El cuerpo sin vida comenzó a caer hacia delante y en ese momento dejaron de disparar, pero en cuestión de segundos su pie derecho se adelantó, sosteniendo el cuerpo en pie. Atónitos, los hombres no pudieron reaccionar a tiempo; era la primera vez que veían a un humanoide recuperarse tan rápido y para cuando quisieron actuar, La Muerte les había matado con su espada negra.

Durante su último entrenamiento en Sevilla, antes de ir a la guerra, no solo entrenó a los nuevos humanoides, sino que cuando Leonor le informó sobre las armas de fuego, comenzó un nuevo entrenamiento para sí mismo, uno